

**HYE-YOUNG PYUN**



**EL  
POZO**

이끼

**GANADORA DEL PREMIO SHIRLEY JACKSON**

DESTINO

El pozo

Hye-young  
Pyun

Traducción de  
Alba Vereza Pérez

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín

# I

Ogi abrió los ojos despacio. La claridad lo deslumbró. Entre la neblina, vio un brillo blanco. Cerró los ojos y los abrió de nuevo. El esfuerzo de este gesto lo reconfortó: quería decir que estaba vivo; la resistencia física a abrir los ojos o tener que entrecerrarlos por la luz eran prueba de ello.

Observó el techo, de pladur con filas de lámparas fluorescentes. Todas las luces estaban encendidas. Debía de estar en un hospital; era el único lugar que necesitaba tanta iluminación.

Intentó girar la cabeza, pero no lo consiguió. Al menos, podía mover las pupilas.

—Ogi.

Oyó una voz. Era una mujer. Al principio no veía bien, pero gradualmente distinguió una bata blanca. La mujer, que debía de ser una enfermera, se acercó a Ogi. Despedía un olor, pero no era agradable. Era agrio, como si hubiese acabado de comer. ¿Qué hora sería?

Ogi quiso decir algo. No necesitaba preguntar dónde estaba, creía que ya sabía la respuesta. ¿En qué otro sitio podría estar sino en un hospital? Era obvio que no se encontraba al borde de la muerte, ya que podía percibir cómo olía la mujer.

—¿Está despierto?

La enfermera, que se acercó para observar el rostro de Ogi, presionó el botón de llamada al lado del cabecero.

—Espere un poco más, ahora viene el doctor. ¿Sabe dónde está? —Miró el reloj y apuntó algo en una gráfica.

Con esfuerzo, Ogi abrió los labios resecos. No salió ningún sonido, solo su aliento.

—Está en un hospital. Lleva mucho tiempo dormido —dijo la enfermera casi gritando—. Mientras no viene el médico, voy a tomarle la tensión. Después él tendrá que hacerle unas pruebas.

La enfermera envolvió el manguito del tensiómetro en el brazo de Ogi. Él se quedó con la mirada clavada en su brazo, que había levantado la enfermera, y en el grueso brazaletes gris que lo rodeaba. Qué extraño, no sentía la presión del manguito al llenarse de aire ni al vaciarse. Cuando ella le quitó el aparato y dejó su brazo sobre la cama, tampoco lo sintió.

La enfermera, tras apuntar algo en la gráfica, miró a Ogi y le sonrió para indicarle que ya había terminado.

«¿Y mi mujer?», quiso preguntar él. Pero no emitió ningún sonido. Ni la mandíbula ni las cuerdas vocales se le movieron para hablar. Ogi, desanimado, arrastró la lengua por el interior de la boca y tragó saliva con cuidado.

La enfermera le dijo que volvería pronto y salió de la habitación. Ogi trató de mover la mandíbula, que se mantuvo firme. Si hacía fuerza, conseguía separar un poco los labios secos. Esta vez, intentó decir «a». Entre los labios abiertos salió el sonido del aire escapando de lo más profundo de los pulmones. Eso fue todo. Daba igual qué sonido intentase hacer, lo que escuchaba no era su voz; solo el sonido constante de la máquina que debía de estar conectada a su cuerpo y, desde el pasillo, murmullos discretos y el ligero rechinar de los zapatos de las sanitarias.

Un poco después, la enfermera regresó con el médico. Era la primera vez que lo veía, pero el doctor parecía conocer bien a Ogi. Mientras sonreía, abrió los brazos de forma exagerada.

—Ogi, ¡qué alegría verte! ¡Cuánto tiempo!  
—exclamó el doctor.

Eso mismo se preguntaba Ogi. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Cuánto llevaba inconsciente?

—¿Sabes dónde estás?

Ogi miró al doctor fijamente.

—En un hospital, ¿cierto?

Ogi intentó asentir con la cabeza. Vano esfuerzo.

—Bien, si piensas que sí, parpadea una vez.

Ogi hizo lo que le pedía. Cerró y abrió los ojos una vez.

—Muy bien. Lo has hecho muy bien —dijo el doctor con la voz tensa. Era como si hablase con los puños apretados.

Era la primera vez que lo felicitaban por haber parpadeado.

«¿Mi mujer?», quiso preguntar Ogi de nuevo. El médico le levantó primero el párpado derecho y luego el izquierdo. Después le pareció que le estaba tocando o presionando varias partes del cuerpo, aunque no sentía nada. El médico comprobó los números de los aparatos que había en el cabecero de la cama de Ogi, escribió algo en la gráfica y le dio indicaciones a la enfermera en voz baja.

—¡Excelente, Ogi! Has conseguido algo muy difícil. Ahora tienes que ser fuerte de nuevo, ¿entendido? La verdadera lucha empieza en este momento. A partir de ahora, lo que importa es tu voluntad. No la voluntad de los médicos, sino la tuya. Tengo mucho que hacer por ti y lo haré lo mejor que pueda, pero tú tendrás que hacer un poco más. ¿Entiendes? No soy yo, el médico, quien debe luchar, sino tú. Ahora necesitamos realizarte varias pruebas, así que vamos a moverte a otra habitación. ¿Estás de acuerdo? Si lo has entendido, parpadea una vez.

Ogi volvió a hacer lo que le pedía.

—¡Muy bien! Nos vemos en un momento.

Tras aquel elogio exagerado, el doctor salió de la habitación con la enfermera.

El médico había alabado a Ogi por recuperar la consciencia. «Excelente». Ogi rumió aquellas palabras. ¿De verdad era algo excelente haber despertado? Las siguientes palabras del doctor hacían que se lo preguntase: «La verdadera lucha empieza en este momento. A partir de ahora, lo importante es tu voluntad. No la voluntad de los médicos, sino la tuya». Con esas frases pudo averiguar muchas cosas.

Un poco después volvió la enfermera y desconectó los cables que unían a Ogi a las máquinas de la pared. Tras revisar la cama, la empujó despacio y salieron al pasillo.

Acostado, Ogi veía pasar deprisa las luces del techo del hospital. Pensó que era muy probable que fuese a necesitar estar encamado durante algún tiempo. No solo unos días, sino mucho tiempo. Que lo importante fuese su voluntad querría decir que, sin fuerza de voluntad, le sería imposible recuperarse. Que la posibilidad de curarse de forma natural era prácticamente nula y que, aunque siguiese con el tratamiento, sería difícil garantizar que fuese a ponerse bien. La reacción del doctor y la enfermera le indicaba que debía de haber pasado mucho tiempo inconsciente. Era probable que hubiera recibido todo tipo de tratamien-

tos médicos; los cables y el respirador conectados al cuerpo y los distintos tipos de vías eran signo de que había estado entre la vida y la muerte, y que la lucha no había sido fácil.

La cama se deslizó hacia delante con un traqueteo y se detuvo. Estaban frente al ascensor. Debía de ser para pacientes, pero en el espacio que quedó después de que subieran Ogi y la enfermera también se metieron varias personas de aspecto sano. Cada vez que subía alguien, la enfermera movía la cama de Ogi un poco más hacia un lado. Las personas que estaban de pie lo miraban con disimulo.

Solo después de montarse en el ascensor con el resto de la gente sintió que volvía de golpe al mundo real. No estaba en aquella habitación de luminosidad excesiva, donde la enfermera lo examinaba con amabilidad y el doctor lo alababa por tan solo parpadear. Había vuelto al mundo ruidoso y complicado donde debía esperar en fila y la gente lo miraba de reojo; el mundo en el que, tal como había dicho el médico, solo podría sobrevivir si ponía toda su voluntad.

Mientras le hacían las pruebas, Ogi no tenía nada que hacer. No tuvo que acostarse él mismo en el equipo de resonancia magnética, no tuvo que alargar el brazo para que le sacaran sangre ni desconectarse de los equipos médicos. Sin que pudiese sentir nada, a Ogi lo movían de la cama a los

aparatos a los que lo conectaban y desconectaban. Parpadeaba si el médico se lo pedía, pero pasaba la mayor parte del tiempo con los ojos cerrados. Así fue como se quedó dormido sin darse cuenta poco antes de que acabasen las pruebas.

Cuando su visión se oscureció, revivió una y otra vez la escena en la que el coche en el que iba con su mujer chocaba contra un muro alto y grueso. Estaba claro que era fruto de su imaginación, ya que podía verse a sí mismo en el interior del coche aplastado. Aun así, notó un fuerte dolor de cabeza. Como si hubiese chocado contra una pared sólida o le hubieran punzado con un arma afilada.

Entre la luz blanca que percibía aun con los ojos cerrados, Ogi se preguntó si sobreviviría, qué tendría que hacer si sobrevivía en ese estado y si quería sobrevivir de todos modos.

Les dio vueltas a las palabras del médico, alternando entre el pesimismo de «tienes que poner toda tu voluntad» y el optimismo de «un poco más». Pero se dio cuenta de que estaba dándole más significado a «un poco más» que a «poner toda tu voluntad». ¿Querría decir que estaría bien si hacía un poco más de esfuerzo? ¿Querría decir que, si se esforzaba un poco más, podría mover la mandíbula y volver a hablar, e ir por su propio pie a la sala donde se realizaban las pruebas? Ogi comenzó a confiar en el mundo del «un poco más». Estaba desesperado por vivir.

¿Cuánto tiempo habría pasado? No sabía si habían transcurrido días desde que le habían empezado a hacer las pruebas o apenas unas horas. Estaba obnubilado, como si todavía estuviera soñando, pero la claridad le molestaba mucho; la luz que se adueñaba de sus pupilas le resultaba abrumadora, como si le acabaran de hacer una prueba de tensión ocular. Levantó los párpados despacio para comprobar si podía moverlos por sí mismo y se sintió reconfortado al saber que, al menos, había una parte del cerebro que era capaz de controlar.

Escuchó la puerta de la habitación abriéndose suavemente, las pisadas de alguien que entraba con cuidado. Ogi miró a la persona que, vestida de blanco, se acercaba hasta la cama. Mientras la observaba, el cuerpo de esa persona se extendió largo y delgado y se elevó por su lado izquierdo. Asustado, Ogi contempló cómo la persona se clavaba en el techo.

La persona que había subido al techo bajó poco a poco hacia Ogi. Él cerró los ojos. Parecía un sueño. Decidió no volver a abrirlos; era lo único que podía hacer para enfrentarse al miedo. No podía ser una alucinación; había oído perfectamente el sonido de la puerta al abrirse. Además, de la persona que acercaba la cara a la suya le llegó un olor familiar.

Era el olor de su esposa.